

Sobrevenía el desengaño; quedaba el hidalgo vencido por la realidad, tendido en el suelo del mundo al bajar del cielo de sus ilusiones aporreado y contuso, sin haber hecho el bien que soñaba... pero no lo creía tampoco. La afección cerebral continuaba, y aplicaba su *ingenio* á demostrar que no se había equivocado; que eran en verdad follones malandrines los que castigar quería, y que en lugar de haber sufrido una transformación engañosa ante sus ojos, otros envidiosos, enemigos de su gloria, habían hecho el truco; y la verdad era lo que él había visto.

Esto no lo decimos nosotros, no es ilusión de comentarador entusiasmado; lo dice el mismo *Cervantes* con tanta claridad que solamente dejará de verla el que quiera cerrar los ojos.

En el capítulo XVIII de la *Parte Primera*, después de haber acometido el hidalgo á los rebaños, viendo que ya los pastores se habían ido, baja Sancho de la loma donde estaba, y le dice:

—¿No le decía yo, Señor Don Quijote, que se volviese; que los que iba á acometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros?

A cuya justísima reconvención, hija del sentido común, y que la experiencia confirmaba en aquel momento, repone con la más cómica gravedad el caballero:—«Como eso puede desaparecer y contrahecer aquel ladrón del sabio mi enemigo: sábet, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que yo había de alcan-

»zar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo. Sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero...»

¿Está bien aplicado el adjetivo *Ingenioso* á un hidalgo de tal condición? ¿Serán necesarias otras explicaciones sobre las que da el autor, para entenderlo clarísimamente? Ni es antitético con la locura de *Don Quijote* el ingenio, ni está de más en el título de la obra, ni es obscuro, ni sirve para llamar la atención sobre alusiones encerradas en la novela. Es miembro necesario de la oración, calificativo oportunísimo y gráfico del sujeto; dice lo que es el protagonista; por eso lo conservó *Cervantes* al frente de la *Segunda Parte*, aunque en ella cambió al *Ingenioso hidalgo en Ingenioso caballero*.

II

PRELIMINARES

Por Real cédula fecha en Valladolid á 26 días del mes de Septiembre de 1604, se concedió Privilegio á Miguel de Cervantes, para que él ó quien su poder hubiere, y no otra persona alguna, pudiera imprimir en todos los reinos de Castilla, por tiempo de diez

años, un libro que ya había sido examinado por el Consejo, cumpliéndose todas las diligencias exigidas en la premática sobre la impresión de libros.

Cautos y precavidos los Señores, apuntaban que todas las veces que se hubiera de imprimir el dicho libro durante los diez años, hubiera de presentarse al mismo Consejo, juntamente con el original que quedaba rubricado en cada plana y firmado al fin por el Escribano de Cámara, para que se corrigiera, viendo si la impresión estaba conforme con el original; previniendo que las erratas se habían de corregir en impreso, y llevando la escrupulosidad al extremo de mandar al impresor no imprimiera el principio ni el pliego primero, ni entregara más de un solo ejemplar al autor hasta que el libro estuviera corregido y tasado, porque en el primer pliego se habían de contener el privilegio, la aprobación, la tasa y erratas.

El día 1.º de Diciembre, el Licenciado Francisco Murcia de la Llana, da testimonio de lo haber *correcto*, y dice que el libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original; por lo cual, el testimonio de erratas, puede llamarse negativo en el lenguaje usual.

Bien pronto se descubre, al hojear el volumen, que el Licenciado corrector pasó muy á la ligera el cotejo, ó tenía muy ancha la manga en materia de erratas, á pesar de tener por oficio el revisarlas, de lo cual ofrecen repetidas pruebas las obras publicadas en el primer tercio del siglo; y esta ligereza da lugar á muchas y detenidas consideraciones.

Como consecuencia de estos documentos, á veinte días del mes de Diciembre del año 1604, el Escribano de Cámara del Rey, Juan Gallo de Andrada, tenía sobre su mesa ochenta y tres pliegos de papel impreso, que los Señores habían tasado á tres y medio maravedís cada uno, y extendía su certificado para que constase en la primera hoja de todos los ejemplares.

Muy lejos estaba, á no dudarlo, el buen Escribano Gallo de Andrada, de calcular la importancia de aquella certificación que acababa de expedir; y ni aun le pasaba por las mientes el valor real de aquellos ochenta y tres pliegos de papel, que tenía delante, impresos por Juan de la Cuesta, á costa de Francisco de Robles, librero del Rey.

Pero es de notar, que á pesar del mandato terminante del Monarca, refrendado por aquel mismo Escribano de Cámara Gallo de Andrada, que tres meses después tasaba el libro, en el primer pliego, donde se incluyeron privilegio, erratas y tasa, no se imprimió la *Aprobación*, sin la cual no debía correr en público el volumen.

No se alcanza la razón de esta falta; pero ella nos priva de conocer la opinión y los nombres de los aprobantes de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra; que este era el título de aquel libro, cuyos ochenta y tres pliegos de papel tasó concienzuda y escrupulosamente el buen Gallo de Andrada en *tres y medio maravedís* cada uno.

Ignoramos qué número de ejemplares estampó el

librero del Rey, pero es lo cierto que se los arrebataron de las manos, y sin su permiso hicieron en Lisboa sendas ediciones Jorge Rodríguez y Pedro Crasbeeck; aquél en un tomo en 4.º, semejante al original, aunque hecho á dos columnas; éste en un lindísimo volumen en 8.º, que es hoy uno de los más raros artículos de la bibliografía cervantina. En el mismo año estampó y dió al público una nueva edición el mismo Juan de la Cuesta, habiendo obtenido antes privilegio que asegurase sus derechos en Aragón y Portugal; y ya con su permiso, imprimió por dos veces el libro Pedro Patricio Mey en la ciudad de Valencia.

Habremos de repetir que no se sabe el número de ejemplares que de estas ediciones se estamparon; y mucho más difícil sería el averiguar el número de tomos que se han hecho de las trescientas ediciones de *El Ingenioso hidalgo*, que aproximadamente ese es el número de las publicadas hasta la fecha.

Quisiéramos haber podido ver la cara del buen Escribano Gallo de Andrada, si alguien le hubiera dicho que de aquellos pliegos, tasados por él á tres y medio maravedises, habían de correr por el mundo dos millones y medio de tomos, poco más ó menos, y que había de valer á cuarenta ó cincuenta duros la copia, impresa por Ibarra, Tonson, Gorchs, Hachette ó Didot, con dibujos y grabados de Coypel, de Selma, de Joannot, de Gustavo Doré y Ricardo Balaca. Dios es bueno para mercader, dice ese eterno Sancho de quien copió *Cervantes* su Sancho Panza;

y en esta máxima de filosofía popular, se encierra la solución de muchas cuestiones y el secreto de mil torpezas mundanas.

No repetiremos lo que ya en ocasión parecida á la presente dejamos notado, sobre las causas y méritos que avaloran estas primitivas impresiones y hacen precioso su estudio y conocimiento.

Ciertamente, si Juan Gallo de Andrada hubiera conocido la fortuna reservada al libro que tasaba, se hubiera preguntado: ¿Cuál es el mérito de esta obra, para que así se ocupen de ella todos los pensadores ilustres de todas las naciones cultas? ¿Qué asunto es este que tal popularidad alcanza?

III

ALGO SOBRE LOS PERSONAJES

Un loco y un rústico, anciano aquél, y nada joven éste, cakallero el uno sobre el rocín más flaco y extenuado, y sentado el otro en el más pacífico de los jumentos, recorren en amigable compañía el mundo hace más de dos siglos y medio, engolfados en sabrosísimos coloquios. Ni ellos se han cansado, ni cansan jamás á los que con ellos traban conocimiento en su peregrinación.

Antes por el contrario, si en otro tiempo sólo podía saberse su historia leyéndola en el libro donde la dejó escrita su inimitable cronista, hoy compiten buriles y pinceles, mármoles y bronce, para ponerla á vista de todos con mayor claridad, esplendor y magnificencia.

Rodéales tal encanto, tienen tanto atractivo, que hasta han logrado hacer simpáticas é interesantes á aquellas pobres bestias que los llevan. Y cuenta que á cada paso tropiezan y son víctimas de mil desdichas, de infinitas penalidades, hijas de su buen deseo, de sus aspiraciones ilimitadas, y al propio tiempo de su falta de conocimiento de los hombres y de las cosas. Si se equivocan por locura ó por inocencia, nunca queda bien declarado; pero es lo cierto que no ven las cosas como son en sí, que la realidad se les escapa, la malicia se les oculta, y á cada paso, caminando por el sendero del idealismo, dan de cabeza contra las piedras de la vida real, y se desbaratan una ilusión en cada golpe.

Sin embargo, son incorregibles. La bondad y la inocencia están en el fondo de su alma, y salen á la superficie á pesar de todos los descabros. Por eso son siempre simpáticos.

Aspiran á mejorar el mundo, y tienen la suerte de todos los redentores.

La concepción, ya se comprende por estas ligerísimas indicaciones, es grande, más aun, es trascendental, importante, digna del genio. La forma es tan bella como el pensamiento, estéticamente considerada; y bien puede estimarse que en la elevada concepción de *Cervantes* nacieron juntas la esencia y la expresión, el fondo y el colorido.

Porque *Cervantes*, según el inspirado concepto y la feliz expresión de Víctor Hugo, atesora en sí los tres dones superiores. La creación que produce los

tipos y viste de carne y hueso las ideas; la invención que hace chocar las pasiones con los hechos, rompe al hombre contra el destino, y produce el drama; la imaginación, que como sol, da tonos doquiera, y presentando el relieve da la vida.

La galería de figuras del *Quijote*, y generalizando la idea, todas las figuras presentadas por *Cervantes*, tienen animación, vida, realidad; se mueven y agitan con carácter verdadero, parecen individuos de la gran familia que vemos constantemente á nuestro lado, y por eso no es censurable el empeño de muchos admiradores del inmortal escritor, que se obstinan en buscar un origen para cada figura, creyendo que tanta verdad no puede ser producto de la observación más perspicaz, sino que son copias aquellos delicados tipos,... que tipos son en realidad, y no retratos.

La observación verdaderamente reflexiva, esencialmente filosófica, unida á una poderosa inventiva, á una inmensa facultad creadora, es el verdadero original de *Don Quijote* y de Sancho Panza, como de toda la sociedad que les acompaña; por eso dice con notable exactitud D. Diego Clemencín (prólogo, página xxiii), que «halló el molde de su héroe en la naturaleza, hermoseada por su fecunda y feliz imaginación.»

Filósofo y artista el autor de *El Ingenioso hidalgo*, del dato conocido deducía y generalizaba; de lo real se elevaba al ideal. No desnaturaliza, no empuja las concepciones, ni amengua su mérito el

conocer el punto de origen, de partida. El genio sale de la tierra, pero su vuelo se pierde en la inmensidad. La marmita hirviendo observada por Papin, es la madre de esas máquinas que hoy recorren el globo con pasmosa velocidad, difundiendo la vida, comunicando las ideas, propagando la civilización.

La observación de *Cervantes* era profunda; su ingenio vivísimo penetraba al fondo de los caracteres. Desde los vicios del individuo, desde las cualidades morales de la clase, abarcaba su mirada la esencia del alma humana... Por eso no sería de extrañar que, sin ser retrato ni caricatura, tuviera original y aun originales la figura de *Don Quijote*.

IV

LA DEDICATORIA

La dedicatoria de la primera parte del *Quijote* presenta un verdadero enigma, que hasta hoy permanece envuelto en misterio, enteramente indescifrable.

Cervantes, que pensaba con tanta novedad, que escribía con tan galana frase y flexible estilo, compuso su epístola dedicatoria al Duque de Béjar, con palabras y conceptos hurtados á *Fernando de Herrera* y al maestro *Francisco de Medina*. La primera página que se lee en *El Ingenioso hidalgo* es un plagio; y como no puede alcanzarse la causa de fenómeno tan raro y singular, debo contentarme, aún á ries-

go de aparecer difuso en estos principios, con dejar consignados los datos, para que todos los lectores puedan juzgar por sí mismos.

Al Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, á quien tanto bueno se le debe en la literatura española, somos deudores de este precioso descubrimiento. Respondió inmediatamente D. Nicolás Díaz de Benjumea, y su carta dió motivo á un saladísimo desenfado de D. Cayetano Alberto de la Barrera, cuyo autógrafo poseo, y al insertarlo gozará el público de esa página inédita de aquel profundo cervantista.

En comunicado dirigido al periódico titulado *Las Noticias*, que se publicaba en Madrid, inserto en el número correspondiente al 24 de Abril de 1864, y después de copiar las dedicatorias de las *Anotaciones* de Fernando de Herrera á las obras de Garcilaso, y del *Ingenioso hidalgo*, y un párrafo del Prólogo del Maestro Francisco de Medina á la primera de aquellas obras, decía Hartzenbusch:

«Es evidente que la dedicatoria del *Quijote* está formada con palabras y cláusulas de la dedicatoria de las obras de Garcilaso, hecha por Fernando de Herrera, y del Prólogo de Medina, publicados quince años antes. Que el autor del *Ingenioso hidalgo* no necesitaba de Herrera, de Medina ni de otro escritor para extender una breve carta de cortesía, no puede dudarse: ¿por qué se valdría, pues, de trabajos ajenos? ¿Habriale condenado los propios algún censor inepto, *no conteniéndose en los límites de su ignorancia*? Nos limitaremos á indicar la especie, sin em-